

OPTIMISMO Y PESIMISMO⁶⁴

Son indecibles los males que acarrea el pesimismo.

Conozco hombres excelentes, dotados de las más hermosas prendas intelectuales y morales, pero cuya vida resulta prácticamente esterilizada por adolecer de un defecto, de un solo defecto: el de ser persona y desoladoramente pesimista.

En efecto, el pesimismo veda en lo absoluto o estorba terriblemente la acción.

¿Cómo podría actuar con decisión y eficacia quien todo lo ve negro, quien no confía en nada ni en nadie?

La posición del pesimista ante el mundo, es ésta:

“En mi medio, en mi país, en la humanidad toda, abundan los vicios y los crímenes, prosperan los pícaros y son postergados los honestos. No hay regeneración posible, es inútil intentar reformas. Lo mejor será aislarse, no resistir a la maldad, que es y será todopoderosa aquí abajo. La solución está en concentrarse en el estrecho círculo de la familia, si acaso.”

El optimista llega a muy diversas conclusiones:

“Hay, en efecto, mucha maldad en el mundo. Los audaces y los perversos son, casi siempre, los que triunfan (momentáneamente al menos). La virtud se vuelve cada vez más excepcional, y rara vez recibe, en este bajo mundo, recompensa. Pues bien: esto no autoriza para la inacción. La estimula, al contrario. Si los perversos son activos y astutos, hay que imitarlos en esto: es y será una obligación ser activísimo como ellos, y como ellos poner todos los medios de astucia y habilidad para el triunfo.”

Lo que importa, en efecto, es actuar, poner manos a la obra. “La mierda es mucha, y los trabajadores pocos.”

⁶⁴ *El Universal*, 23 de febrero de 1944.

Lo importante es no encerrarse, no recluirse, no esterilizarse en la sola cerebración, en el sólo análisis, en un incesante e infecundo devaneo del pensamiento, al que no acompañe la acción.

“Quien piensa y no actúa engendra pestilencia —nos dice Andrés Maurois—. La razón actuando en el vacío es un motor embalado, y, por lo tanto, peligroso.”

A tiborrarse de pensamientos, de ideas, de lucubraciones sin desahogo y sin salida, tiene que enfermar el cuerpo y el alma. Equivale a una congestión de la mente.

La ley de vida es: concebir para dar a luz, pensar, meditar, razonar, prever por el análisis y por la síntesis, para luego convertir en acción el producto de esos análisis, el saldo práctico de esa meditaciones.

Para algo fue dada al hombre la voluntad, ese factor del alma el más valioso e interesante de todos.

La actitud ante la vida debe ser la brava y denodada actitud del inmenso San Pablo: “aquí me tienes, Señor, ¿qué quieres que haga?”

Esto es: hay que estar siempre dispuesto a obrar, en el sentido que el deber de cada hora, de cada minuto lo esté exigiendo.

La acción es el mejor remedio contra el pesimismo. El que a ella está consagrado, se siente absorbido e inspirado por su obra. Si la emprende con cariño, con amor no tiene tiempo para vasilar, no abriga el torpe deseo de renunciar al éxito.

La acción le sirve de gimnasia. Cada incidente, cada episodio de la lucha, le sirve de provocación y de estímulo. Cada obstáculo, en vez de desanimarlo, lo impulsa a continuar la pugna, a seguir venciendo resistencias. “Una vez puesta la mano sobre el arado no hay que volver la vista para atrás.”

Los grandes hombres de acción que ha habido en el mundo, han sido optimistas. Julio César tenía fe en su genio y en sus legiones. Napoleón creía a pie firme en su estrella; esto es, en las oportunidades o favorables sorpresas que a todo hombre decidido y entusiasta depara el destino. Cuando perdió Bonaparte la fe en su estrella, en sus posibilidades de triunfo, empezó a marchar de fracaso en fracaso.

SEMPER GAUDER, estad siempre gozosos; dad gracias a Dios por todo —exclamaba en su robusta fe él ya citado apóstol de la acción, Pablo de Tarso.

El creyente, en efecto, el que lo es de verdad, no puede ser pesimista. Sabe que todo está en movimiento, que todo tiende a un fin, “que todo está haciéndose”.

Todo tiene para él explicación satisfactoria. Del caos salió la creación. De la confusión y del desconcierto hoy reinantes a de salir, o puede salir, una vigorosa orientación hacia el bien.

Las guerras, los desastres, los cataclismos que parecen absurdos o irremediables, tienen su sentido, su explicación y su objeto. Son formas de castigo, son medios de expiración, son rudas, rudísimas advertencias que el supremo ordenador del mundo y de los hombres hace a los que violan sus leyes, a los que olvidan sus mandatos, a los que se empeñan en perseverar en el error, en el egoísmo y en la iniquidad.

Si se aprovecha la elección del mal pueden de allí derivarse el enderezamiento de las costumbres, la represión del odio y de los demás sentimientos antisociales, el retorno en una palabra, a las rutas del bien.

Pero para aprovechar las enseñanzas que del triunfo momentáneo del mal pueden y deben deducirse, la primera condición es ACTUAR. Actuar para que el mal no vuelva a imponerse; actuar en el sentido de asegurar, por todo los medios posibles, la victoria permanente del bien.

Y entonces se vería que el más seguro remedio contra el pesimismo es la acción; una acción que redunde en provecho de los demás.

El que en esa forma actúa, el que se propone a llevar a feliz término una empresa generosa, creadora de bienestar, de orden, de moralidad o de justicia; no tendrá tiempo para formularse objeciones; el acicate de la acción, el apremio del éxito, el impulso adquirido, lo empujarán hacia adelante, sin que le venga la tentación de meterse en el mar sin fondo de las disquisiciones, de las cavilaciones, de las dudas pueriles o de las aprensiones vanas e infecundas.

El que tiene que dar una batalla, no puede dudar. Sin duda, está perdido.

Resulta, en consecuencia, que la actitud más propia del hombre ante una empresa que el deber y la conciencia vigorosamente insinúan, es el gesto hermosamente varonil del Apóstol: “aquí me tienes, Señor, ¿quéquieres que yo haga?”